

DISCURSO

del Presidente de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales en la

Sesión Solemne del 19 de Mayo de 1915

Sr. Presidente de la República.

Sres Académicos.

Señoras y señores:

En una sesión solemne de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, en que se conmemora el aniversario de su fundación y se evoca el recuerdo del que la creara, el benemérito patricio Dr. Nicolás J. Gutiérrez, parecerá tal vez inoportuno tratar del cultivo de los campos, porque dado el concepto equivocado que del particular se ha tenido, equivale a ocuparse de asunto trivial y tosco, reservado de antiguo exclusivamente al rudo labriego que con aperos primitivos e imperfectos tenía que luchar contra la intemperie y la resistencia que opone la naturaleza a dejarse domeñar o gobernar por la mano del hombre civilizado.

Aunque nos han atraído siempre las plumas que en sonoros versos, imitando a Virgilio, han pintado los encantos de la vida pastoril y las bellezas de la campiña, rica en dones, confesamos que habiendo permanecido en el campo basta la adolescencia, si bien desde luego no en calidad de labriego, pero lo suficientemente cerca de éste para conocer sus desdichas y observar la práctica de sus faenas, convenimos en que, tal como viven nuestros campesinos y pudiera decirse todavía, los de todas partes, salvo excepciones, no es el campo el edén que nos pintan los poetas, en que se desliza la vida arrullada por los trinos de los pajarillos y endulzados los labios por la miel que espontáneamente prestan blancos panales, sino a veces la reunión de todas las necesidades y molestias imaginables.

El aislamiento en que forzosamente se vive en el campo. lejos de atraer provoca una justa repulsión, por la tristeza que despierta y el peligro que implica; pero cuando se le haya despojado de estos inconvenientes, lo que no es imposible, cuando las ciencias le presten la

ayuda que le han prestado a tantas industrias antes no sólo incómodas, sino hasta mortíferas el campo será preferido mil veces a los grandes centros de población, a las grandes ciudades en que sin señalar otros inconvenientes, se aspira un aire impuro, porque siquiera la moderna higiene tiende a aminorarlos cada día, no puede conseguir de modo perfecto que en el espacio ocupado por medio millón de seres en acción constante, el ambiente sea igual que el aspirado, en análoga área de terreno, ocupada sólo por un centenar de almas, aun cuando en uno y otro lugar, presida total o relativo confort al que ha de aspirar el hombre civilizado.

Este sentir, que obedece a convicciones que más de una vez hemos dado a conocer (1) por motivos que apuntaremos más adelante, han despertado en nosotros la esperanza de que no sea un sueño optimista el hecho de que nuestros compatriotas acepten con agrado la vida rural que en tiempos no remotos les atraía, puesto que en un país como los Estados Unidos, cuyo clima debiera ser más refractario a esta tendencia, por los rudos inviernos que se sufren, la proclaman como indispensable para evitar determinados inconvenientes de la existencia en los grandes centros de población.

En efecto, en los Estados Unidos, país de las grandes iniciativas y de perfecto equilibrio mental, bandeado recientemente lo que se designa con el nombre de *Forward to the Land* cuyo fin es contribuir a resolver el problema de la excesiva acumulación de personas en las ciudades. Para conseguirlo se trata de fomentar la pequeña propiedad rural, llevando a los campos inmigración urbana; juntar el hombre, la tierra y el dinero para comprar ésta, ha dicho uno de los organizadores del proyecto.

No nos extrañaría que asomase a los labios de alguno de los que han padecido la vida del campo, como es actualmente o la conocen lo suficiente para detestarla, una irónica sonrisa que podría traducirse por la frase: ¿Quiere Ud. cambiar? que se atribuye entre nosotros a un desventurado bajo del que fue Celeste Imperio, quien a punto de ser ejecutado, el sacerdote que lo auxiliaba lo inducía al arrepentimiento de sus pecados a fin de que alcanzase seguramente perdón de ellos y la vida eterna, que el ministro de Dios santamente le envidiaba y el sentenciado no llegaba a comprender.

Es esa, desde luego, la sonrisa obligada que provoca todo lo difícil, lo que parece imposible, la que se advertiría en los que oían antes del siglo actual asegurar a alguien que se podía atravesar el espacio como el ave sin que ocurriese lo que a Icaro en su pretensión de escapar por los aires del laberinto de Creta, y no obstante tres lustros después

(1) Discurso en representación de la Academia de Ciencias el 1º de enero de 1911 al inaugurarse la estatua que se levantó al doctor Joaquín Albarrán en el pueblo de su nacimiento. *Anales de la Academia*, T, XLVIH, p. 244-250.

de haber realizado esta loca tentativa los hermanos norteamericanos Wright (Wilbur y Orvil), son ya legiones los que cruzan el espacio con la rapidez que el pájaro lo ha venido haciendo. En los comienzos el descubrimiento sirvió sólo de espectáculo maravilloso como audaz; pero sin ninguna aplicación útil capaz de justificar el peligro que se corría, y hoy al estallar la más formidable y desatentada de las guerras conocidas, el avión constituye un elemento de gran valor si no como medio destructivo, que también lo es, cual recurso ciertamente irremplazable para la exploración en los campos de batalla, lo que facilita de manera sorprendente el avance de los cuerpos armados, hasta ahora cohibidos o inciertos y la dirección atinada de los enormes proyectiles que llevan la destrucción segura a larga distancia de 6 y 10 kilómetros donde no llega la vista, ni ayudada de los recursos de la óptica y a través de montañas y de obstáculos antes invencibles o infranqueables.

Los que como nosotros pasamos la adolescencia casi en el campo, y por tanto nos perjudicamos, hasta cierto punto, por la carencia de elementos de cultura, ganamos, no obstante, indiscutiblemente en vigor físico, que nos ha permitido resistir heroicamente después la vida antihigiénica a que nos hemos expuesto para satisfacer las ansias de progreso en todas las manifestaciones de la ciencia y en el desempeño vigoroso de una vida profesional activa, incesante y prolongada.

A pesar del aislamiento en que vivimos no pocos años, antes de ingresar en un notable colegio de la capital, donde conocimos gran número de los que han brillado más tarde por sus méritos en las distintas ramas del saber humano, sonrío, sin embargo, en nuestra memoria la belleza de la campiña y nos hace evocar los versos de uno de nuestros poetas (1) que la describe a maravilla; pero no incurriremos en la falta de leerlos, por mucho que valgan, porque, repetimos, no nos mueve la fantasía al ocuparnos del campo, sino que perseguimos ideales prácticos de acuerdo con la vida moderna y en consonancia con las ciencias y con los progresos de éstas, respecto al cultivo de las tierras.

(1) Recuerdos de la infancia, por Joaquín Luaces.

*Estos los campos son donde corría Hollando flores
de exquisita esencia Este monte que forma una
eminencia Me vio cuando el insecto perseguía.
Este mamey sus frutos me ofrecía A mi pueril y
cándida impaciencia.
Y en campestre y feliz independencia,
Miré en su tronco reflejarse el día Bajo aquel techo
de sonante guano Me inspiró Rosa mi primer cariño
Medio rústico y medio cortesano ¡Oh campo, al
mirar tan verde aliño El joven corazón me late
ufano!*

En un reciente informe de la Secretaría de Agricultura de los Estados Unidos se dice que, a pesar de los esfuerzos realizados, todavía pierden los agricultores diez millones de pesos diariamente debido al cultivo anticientífico de las tierras.

El adelanto en esta materia se destaca en un sencillo episodio de nuestra vida de colegial. Estábamos de vacaciones y nos entreteníamos, sin darnos cuenta, con otros de nuestra edad, en destituir los sembrados, corriendo a caballo por ellos. Nuestro padre no bailó otro medio más oportuno de que conociéramos el daño que habíamos hecho, que entregarnos a unos gañanes próximos, para que nos hiciesen manejar el arado romano o criollo que entonces se usaba. Lo hicimos por breves horas, las suficientes para persuadirnos de la dura labor que representaba, cuando hoy con el arado de vertederas y el arado de disco, el auto arado movido por el vapor o la electricidad, ni trabajan los bueyes, ni el hombre, sino la máquina, y por este tenor pudiéramos añadir ejemplos para demostrar que si la agricultura que se practica en general no fuera la primitiva de los primeros moradores del planeta, su ejercicio no será tan temido y sus resultados serían más productivos, con serlo sin embargo todavía.

La Liga Nacional ideada en los Estados Unidos y que como hemos dicho se designa con el nombre de Forward to the Land es de iniciativa particular, como la mayor parte de lo que se emprende allí. Bien es verdad que se trata de una nación de más de cien millones de habitantes y nosotros apenas si poseemos dos, el dos y medio por ciento de la población de ese país. No obstante esto, no debemos arredrarnos, tenemos la ventaja de aprender en lo grande lo que debemos hacer en lo pequeño, recordando además igualmente que alguien ha dicho que las naciones, así como los individuos, no deben ser juzgadas por su tamaño, sino por la actividad que desarrollan. Buen ejemplo tenemos en la montañosa, fría y árida Suiza, en la pantanosa Holanda, en la admirable Bélgica, desgraciadamente destrozada, y sin salir de nuestro suelo en la Isla de Pinos, antes conocida sólo por sus aguas salúíferas y que, al decir de nuestros campesinos, sus terrenos sólo servían para sembrar alambres, por lo estériles. Hoy, a virtud de un trabajo agrícola intensivo la pequeña isla que fue un día remoto el presidio titulado de la Reina Amalia, está convertida actualmente en un edén, y sus campos, cultivados de modo científico, producen los frutos más hermosos que pudieran obtenerse, entre éstos, las piñas, y las naranjas.

Ya hace tiempo que Mr. G. Ville proclamó como principio absoluto, que no hay suelo estéril y desde este momento justamente se consideró a la agricultura como ciencia. En España existen terrenos que se les considera improductivos y durante la dominación de los árabes parecían verdaderos paraísos.

En esta obra de regeneración de nuestra agricultura hay que proceder con tino, hay que realizar, como lo intenta nuestro actual Secretario de Agricultura, general Núñez, el servicio de vulgarización agrícola, pues el desencanto de los que se dedican al cultivo del campo, obedece, las más de las veces, a la mala fe de los que se erigen en protectores, o a la ignorancia crasa de los que aspiran a ser agricultores sin preparación de ningún género para ello. De los primeros no aduciré ningún ejemplo porque son numerosos y sobre este punto dirige la Liga Americana su preferente atención. Respecto de los segundos, referiremos un hecho que parece imposible. Un buen señor que jamás había estado en el campo quiso convertirse, sin preparación ni consejo, en agrario, y al efecto mandó comprar un terreno junto a una línea férrea y antes que le terminaran la casa que hiciera construir, el administrador de la empresa ferroviaria, detuvo el tren junto a la casa por terminar, y trató de comprarle y le compro más tarde la piedra que abundaba tanto que llamó su atención desde el primer momento, y no imaginó que nadie intentase sembrar allí nada, pues en realidad no había tierra en qué efectuarlo. El improvisado agricultor tuvo con tal motivo una renta por la extracción del material para el ferrocarril, escapando de una ruina cierta, pues por su falta de competencia no hubiera obtenido lo que alcanzó otro agricultor inteligente en un terreno que se consideraba imposible para explotación agrícola. Este que conocía la materia retiró la piedra y de ella obtuvo lucro y después preparó el terreno conforme a los progresos de la agricultura, convirtiendo aquel en un campo muy productivo.

Sería largo enumerar éste y otros hechos que alejan a los ineptos de buscar en el cultivo de las tierras un beneficio real en vez del mezquino que se persigue en los centros de población, en los que los adinerados pueden vencer todas las dificultades, pero los que carecen de recursos, no. Los primeros le sacarían a su capital mayor rendimiento y podrían vivir en mejores condiciones si el campo estuviese dispuesto de modo que la inversión de sus fortunas y de su propia persona estuviesen más garantizados de lo que están en general.

No faltará quien nos arguya: ¿Y esto qué tiene que ver con las ciencias? Y la pregunta no nos sorprenderá. Toda la vida se ha creído que la agricultura no es una ciencia, que basta tener las cuatro extremidades libres o sanas, aunque se carezca de entendimiento, para emprender en aquélla. Tal es el resultado; pues aún los que suelen prosperar lo hacen no pocas veces obedeciendo a causas fortuitas o dejando de ganar otro tanto de lo que han ganado si hubieran producido conforme a la ciencia. Por suerte, el error se va desvaneciendo cada día en los países más adelantados, y así como ocurrió en los más atrasados que la escuela para el niño no era una necesidad y hoy es el primer cuidado de todo gobierno conseguir que no haya analfabetos, llegará un día en que se generalice lo que ya está indicado: que el niño no sólo aprende a leer en las escuelas, sino que se le hable de

la agricultura que se le ha de enseñar más tarde prácticamente en las escuelas especiales. La moral, la patria y la agricultura, hay que hacerlas querer desde la escuela, para que si el niño no es acomodado la aprenda en las granjas escuelas agrícolas del Estado al servicio de las Escuelas Normales, y si es rico se instruya después en los colegios bien establecidos al efecto, y hasta en la misma Universidad, creando en el hombre el convencimiento de que podrá ser mañana abogado, médico, farmacéutico, ingeniero, sacerdote, literato, etcétera; pero que no debe desconocer siquiera sea en sus rudimentos, si no puede llegar a más, que el cultivo de la madre tierra nos suministra como a hijos con prodigalidades sus tesoros, sin necesidad de recurrir a la relativa expoliación que se desprende de todas las carreras. Salvo excepciones, para que se gane, es necesario que otro sufra o pierda y por último, el final de todas las ocupaciones del hombre ha de ser el ahorro cuando han sido bien dirigidas o afortunadas, y este ahorro estará garantizado en el campo, cuando el cultivo de éste no obedezca al azar, sino que esté reglamentado y dirigido como puede estarlo un Banco o cualquiera casa de comercio, y las ciencias tienen que intervenir en esta reforma de la agricultura o de la vida del campo, porque todas ellas han llegado, descansará el intento de mejorar lo que, desde que el mundo es mundo, ha sido siempre rutinario y por eso es rudo, brusco y hasta desaseado y doloroso, cuando no debiera ser así, rigurosamente estudiado y medido.

Es necesario infundir en el espíritu del pueblo lo que es bien conocido de los estadistas, que las naciones son tanto más ricas y prósperas cuanto más cultivados estén sus campos y los productos de éstos contribuyan a su prosperidad, y esta obra verdad inconcusa: que el decaimiento de las naciones es inevitable cuando no han sabido en sus prácticas agrícolas, mantener la fertilidad del suelo. *Ajadié debe poseer más cantidad de tierra que la que puede labrar.* Hace muchos años proclamó esta verdad el Sr. Conte (padre) notable autonomista cubano, en la Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana. *Posteriormente ha sustentado lo mismo el señor Gastón Mora, que señalaba el peligro de que Cuba cayese en los latifundios que perdieron a Roma, cuando unos pocos propietarios eran los dueños de todas sus tierras,* a pesar de la imprecación de Plinio el joven: "Latifundia perdiderunt Italiam"

El rey actual de Servia, Pedro I, de ese país heroico que defiende el pedazo de tierra que cultiva y del que vive, compró a los señores feudales de Turquía, las tierras que poseían y las distribuyó de tal modo que de los trescientos mil acres que constituyó el núcleo a repartir, más de la mitad está en porciones de 10 acres, sólo tres personas poseen 500 acres, lo contrario de lo que ocurre en Hungría, la monarquía subyugada de Austria, cuyo territorio de 282.323,000 kilómetros cuadrados pertenece a cuatro señores. Hasta los socialistas han empezado a suavizar su criterio opuesto a la propiedad privada de la tierra, haciendo excepciones en favor de la pequeña propiedad, aun cuando

esto es una verdad reconocida, el amor al lucro nos ha enfrascado en los grandes centrales cuyas tierras no nos pertenecen. El patriotismo puede hacer mucho todavía en favor de la pequeña propiedad de acuerdo con los grandes centrales, pues la fábrica, la industria, podrían ser de capital extranjero, limitándose así los sindicatos de no residentes, según la ya célebre frase de Varona que está por la pequeña propiedad agrícola o el Homestead propuesto por la Liga Agraria.

La pequeña propiedad tiene además las ventajas de facilitar los cultivos menores, cuyo abandono por causas que no señalaremos ahora, provoca el encarecimiento de la vida, pues casi todos los artículos de primera necesidad nos vienen del extranjero.

Nuestro país, por la feracidad de su suelo y su situación geográfica está llamado a sorprender con una producción gigantesca, si se lograra despertar en sus moradores, sobre todo en la nueva generación que nos sustituirá, el amor puro a la campiña, el convencimiento de que en ella se encontrará la salud, el suspirado lucro y la justa recompensa a la labor honrada en la agricultura, cuando se desarrolle ésta bajo la égida de las ciencias y merezca la protección del Estado que con gran acierto rebaja las tarifas ferrocarrileras y ayer reglamentó las cotizaciones del azúcar y después la reducción de los fletes. A su vez la República hallará en el progreso de la agricultura los recursos para el sostenimiento de sus múltiples y variadas atenciones.

Ya lo dijo Theodore Roosevelt hace algunos años en su discurso de la Exposición de San Luis, Missouri, refiriéndose a su país, que como hemos dicho ya, es uno de los pocos en que los gobiernos se preocupan de la agricultura como base de segura prosperidad, abaratando los ferrocarriles y multiplicando las carreteras y cuantas vías de comunicaciones puedan imaginarse. Estas fueron sus palabras: *Mientras los campos no merezcan la preferente atención de los gobiernos, mientras sean lugares de desolación mental, no podemos esperar que nuestros jóvenes más animosos abandonen las ciudades*".

Como observa nuestro inteligente agrónomo el Sr. Comallonga, se trata de simplificar y hacer más eficaz la obra agrícola con los modernos aparatos y se llega a lo que se pensó y es, v.g. arar una caballería en diez veces menos tiempo que antes, sin fatigarse y sin emplear animales de tiro, en sembrar mejor y con menos costo que antes y en recoger la cosecha rápidamente, pero estamos lejos todavía del verdadero ideal que arrastre a la juventud hacia lo que constituye una ventaja y no un peligro o una desilusión.

En la zafra pasada, como se sabe, hemos producido 2.428,557 toneladas de azúcar o 16.099,760 sacos equivalentes a 194.282,960 arrobas. Calculando un rendimiento medio de 10% de extracción, se necesitarían para la fabricación de estas toneladas de azúcar 1.942.829,600 arrobas de caña y calculando una producción media de 50,000 arrobas por caballería, se deduce por nuestros datos anteriores, que el área

sembrada de caña actualmente, asciende aproximadamente a 38,856 caballerías, es decir, representa sólo el 4% de la superficie total de nuestra República. Ahora bien, como tesis general puede asegurarse que el cultivo de la caña en Cuba no va a alcanzado el progreso obtenido en otros países, a pesar de los esfuerzos realizados, podemos decir que nuestra mejor producción agrícola está aún muy lejos de despertar el interés general para abrazarla. *

Cuando estuviese resuelta la manera de mejorar la vida rural y fuese una utilidad manifiesta y una comodidad laborar en el campo, porque en él se encuentre el medio más seguro de prosperar, el problema de la inmigración estaría resuelto dentro de nuestras fronteras, sin necesidad de pedir auxilio ajeno para el engrandecimiento de la población.

Los elementos para el aumento de ésta, se bailarían aquí, en las mismas ciudades y villas congestionadas de hombres, que han huido de la vida rural por su crudeza, por su escasez de atractivos y hasta de lucro fácil, viéndose obligados a vegetar miserablemente en la urbe, a virtud de mezquinos sueldos, limitados jornales y fuera de la atmósfera pura en que nacieron y se criaron. Cuando esto ocurra, habrá que repetir aquel concepto del Dr. Enrique Núñez, al referirse a la obligación de evitar la mortalidad infantil, para no necesitar de la inmigración. Al inaugurarse el Tercer Congreso Médico Nacional Cubano, dijo: Más conviene a la seguridad y bienestar de la República, conservar hijos que la amen, que atraer extraños que la sirvan y nosotros parodiándolo pudiéramos decir: Conservar los que tenemos atrayéndolos a las labores rurales, que muchos ya conocían antes, que buscar mercenarios para éstas.

El cultivo de la tierra, hemos dicho en otra ocasión (i) estrecha los vínculos del afecto entre los hombres a tal grado que hemos llegado

a. creer, que si los primeros pobladores de la América, sobre todo de la española, se hubieran establecido con sus familias en el campo, que no lo hicieron, por la inclemencia del clima, sino en los pueblos o ciudades como lo hacen los hebreos en general, la independencia, que es cosa forzosa, se hubiera verificado sin derramamiento de sangre, porque hubiera partido del campo el movimiento y en él estaban todos identificados, y no como ha ocurrido, que el cultivador de la tierra ha sido el del país, el indígena o el esclavo, estableciéndose una línea divisoria entre los ciudadanos que después de la independencia, se mantiene todavía anuncie velada, y dificulta el libre desenvolvimiento de los sucesos.

Señores: si fijáis vuestra atención en nuestras palabras, advertiréis que esta Academia, consagrada a las ciencias médicas, físicas y naturales, tiene por objeto el estudio de un número tal de conocimientos humanos, que se completan los unos y los otros de modo perfecto, y

(1) Cuba en Europa, Revista ilustrada bisemanal, Barcelona, 28 de febrero y 15 de marzo de 1915,

en tal virtud nos hemos permitido poner sobre el tapete el tema que más interesa a la República, pues nos atrevemos a sostener que no hay ninguno que lo supere, porque constituye su riqueza y su bienestar. Justo es confesar, por lo tanto, que nuestros antepasados, los que hace más de media centuria, teniendo a la cabeza al benemérito Nicolás José Gutiérrez, fundaron esta institución, procedieron con un tino tal, que a través del tiempo y del progreso realizado, no podemos dejar de admirar y nos llena de justo orgullo.

Crearon una corporación que resistió en sus comienzos, como después, a las impurezas de que está impregnado siempre el ambiente de los países jóvenes, de población heterogénea y educados en el lucro de las aventuras y en el cálculo exclusivo del provecho material, sin levantar la vista del suelo para fijarla en las alturas, en que cierne la visión clara del perfeccionamiento social. ¡Llor a los que fueron y hoy veneramos al través de las borrascas sufridas, porque con santa unción se interesaron por todo lo que significaba el bien de la patria, sin excluir la Agricultura, como se puede comprobar en sus Anales!

